BX4705
.V4
C7

☞Es propiedad del traductor.

CAPILLA ALFONSINA
FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

# ¡SURSUM!

El relato que este libro contiene, atesora virtud poderosa, que arrebata la voluntad y hace abrir las alas del alma.

No busqueis en él método artificioso ni pomposas palabras; es la historia sencilla de la vida de un misionero, escrita por una mujer de corazón, sin pretensiones literarias, pero con profundo sentimiento de admiración y de respeto.

Deslízase la narración de un modo espontáneo, como sosegado riachuelo sin

000053

bulliciosa corriente ni caidas estrepitosas; pero su misma tersura y placidez hácenla risueña y hermosa, tanto, que parece reflejar el puro azul de los cielos.

Este libro, pequeño por su volumen, es grande por su contenido; pocos habrá que encierren historias tan admirables como la que refiere, sublimidades tan grandes como las que abarca, golpes de vista al infinito, tan imponentes como los que abre á los ojos de los lectores. Indecible sentimiento de sobrehumana alegría, al par que de terror sagrado, inspira al absorto corazón. Tabor es y Gólgota al mismo tiempo: cumbre gloriosa donde aparece el hombre trasfigurado. El barro humano se hace resplandeciente sobre esas alturas.

No es una biografía, sino un poema. Es una historia real y contemporánea,



que se ha desarrollado á nuestros ojos, mucho más tierna y hermosa que las creaciones de los poetas. No hay epopeya fantástica, por espléndida que sea, que contenga trama tan luminosa, sobre fondo tan inmenso como esta verídica historia. Ni Dante, ni Shakspeare, ni Victor Hugo concibieron planes tan vastos y deslumbrantes como el de esta obscura existencia, consagrada á los leprosos en el cabo del mundo. La realidad es en esta ocasión, más poética que la ficción misma; el hecho superior al ensueño.

Este libro es la reivindicación del género humano. A los que dicen que el hombre no es más que un gusano inmundo, montón de podredumbre y saco de miserias, puede mostrárseles esta biografía, como irrefragable argumento que demuestra la nobleza ingénita de la humana

criatura. A través de estas páginas, descúbrese la substancia inmortal que la constituye, la realeza de su condición y lo eminente de su origen; de tal suerte que al terminar la lectura, viénese naturalmente á los labios esta expresión: *¡No cabe duda, el hombre pertenece á una dinastía celeste!*

*
* *

¿No veis al P. Damián de Veuster decir adiós á la juventud, al amor, á la dicha, y arrojarse sin titubear en un mundo de horrores, dominado por las aspiraciones de un altruismo sublime?

En el dintel de la juventud, cuando la soñadora adolescencia entonaba en su co-



razón el himno de la vida; cuando se abrían sus sentidos embelesados á la luz, que todo lo inunda, á la armonía, que todo lo encanta, y al amor que todo lo engrandece: volvió la espalda á todos esos hechizos, dijo adiós por siempre á tan soñadas maravillas, y avanzó por el camino que conduce al dolor, para acompañar y dar consuelo á los que lloran. Trocó su blanca vestidura de niño por el negro sayal del misionero, el estrépito de la sociedad europea, por el silencio del continente oceánico, los placeres de la civilización por las asperezas del apostolado, el descanso por el trabajo, la alegría por la tristeza, la propia dicha por el consuelo ajeno.

Fija la mirada en faro altísimo, indiferente á las engañosas seducciones de la vida, renunció sin ostentación á todo re-

gocijo, á todo triunfo; y, en medio del silencio fué á ocultarse á un rincón apartado del mundo, para dar vuelo á los nobles sentimientos de su corazón y á los generosos ideales de su mente.

Pero aun le pareció pequeño el sacrificio. Evangelizar naciones idólatras, predicar la buena nueva á gentes sentadas en la noche de la barbarie, vivir en medio de la pobreza, era poco todavía para aquella alma ardorosa, impulsada por el afán misterioso del sacrificio y criada para cumplir en el espacio y en el tiempo admirables destinos.

No faltan apóstoles á los gentiles, ni bienhechores á los que sufren; pero la escala descendente de la desventura humana, tiene grados infinitos, que van hundiéndose más y más en el abismo del dolor. Hay entre los infelices, algunos junto á los cuales parecen dichosos los que lloran ordinarias desventuras; predilectos de la fatalidad, resumen y espejo de las humanas malandanzas.



La abnegación tiene su límite y el heroismo su medida. Hay abismos á cuya orilla se detienen los más esforzados y á donde nadie es osado de bajar, por ser más horribles que los otros, más hondos, lóbregos y callados.

El P. Damián buscó el más pavoroso de todos, aquel donde se revuelven los náufragos de la vida, donde toda salvación es imposible, donde el dolor ha escrito con fuego en muros de tinieblas: *¡renunciad á toda esperanza!*; y sabiendo que no podría salir nunca de allí, que iban á tragarle las sombras, á morderle los dolores, á atenacearle el corazón espantos sobrehumanos, gritó á los cautivos de

aquella cárcel horrible: ¡*Animo, voy á bajar hasta vosotros*!, y descendió en efecto, llevando en la mano la antorcha divina del consuelo.

El mundo quedó estupefacto, porque hasta aquel día, nadie había bajado á aquel círculo dantesco.

*
* *

Los emperadores romanos, en su odio contra la Cruz, inventaron espantosos tormentos para los discípulos de Cristo. Despedazábanlos con garfios, mutilábanles los miembros, los daban por pasto á las fieras, cubríanlos con resina y les prendían fuego para hacerlos servir como teas que alumbrasen sus jardines.



La Edad-Media en su rudeza, inventó ó perfeccionó crudelísimos tormentos: el potro, el borceguí, el agua, el fuego, los azotes, la horca.

Las naciones bárbaras son refinadas para dar martirio: atan á los hombres á la cola de caballos brutos; sujetan los miembros de las víctimas á copas de árboles encorvados para que los descuarticen al erguirse; untan de miel los cuerpos desnudos y, sujetos con cuerdas, los exponen al raso para que las moscas los devoren; sacan los ojos, empalan, entierran á los vivientes.

Los ascetas se remontan á los cerros, viven en cuevas frías y lóbregas, duermen sobre el suelo desnudo, comen raíces y hierbas del campo.

Los santos ayunan, se flagelan, se cubren de silicios, agotan sus fuerzas y vi-

ven estenuados y débiles, en perpetua oración y postrados de hinojos.

Todos esos sufrimientos son tremendos, y hielan de espanto la sangre; ninguno de ellos con todo, es comparable á las torturas de la lepra. Ese mal inmundo lleva en sí más rabia atormentadora que ningún otro. El martirio, por más que dure, agota rápidamente las fuerzas; la muerte, por lenta que sea, redime pronto del sufrimiento. La penitencia tiene sus placeres, la abstinencia sus deliquios y la oración sus sabrosos arrobos.

La lepra no tiene lenitivo. Apodérase de la sangre, envenena sus humores, circula por todo el cuerpo, alisa y abrillanta la piel, entumece las carnes, abotaga y desfigura los miembros, afea y degrada el rostro, abre llagas, mutila miembros, incompleta el organismo, apaga la



voz, postra, debilita, inutiliza; y poco á poco, muy lentamente, como gozándose en los estragos que hace, dolores que causa y postraciones que engendra, arrastra al que la padece al fondo del sepulcro.

¡Si al menos hubiese esperanza, por remota que fuera! ¡Si hubiese hierba misteriosa, substancia valiosísima, operación quirúrgica por dolorosa que fuera, que pudiese curarla; aun cuando fuese la extirpación de una parte del cuerpo, la cuarta, la tercera, la mitad; aun cuando no pudiese salvarse sino el tronco sin piernas ni brazos, pero limpio, sin úlceras, sin que la podredumbre continuase avanzando por todas partes, como jauría de perros hambrientos! Si á costa de un tesoro pudiera comprarse la salud, sacrificando toda su fortuna los ricos, vendiéndose por esclavos los pobres! ¡Si toman-

do el báculo del peregrino y caminando á pié á Roma, y de allí á Jerusalén, hasta el sepulcro del Salvador, pudiera obtenerse gracia y no beber de ese cáliz!.....

Pero no hay remedio: todo esfuerzo es inútil, estéril toda diligencia. La ciencia humana se detiene impotente en presencia de ese horrible azote, y cruzada de brazos, le ve avanzar inexorable, desde que aparece con su primer síntoma, hasta que acaba por devorar á su presa.

Ni el arte, ni la riqueza, ni el amor pueden arrebatar su víctima al sufrimiento. Quédase abandonado el paciente, á solas con su dolencia en el seno de la humanidad, como el caminante que en medio del desierto, lejos de los aduares y de las caravanas, se ve acometido por bestias carniceras, y en vano se defiende, llama y pide socorro, porque nadie le oye.



¡Si al menos concluyera pronto el martirio! Fuera piadoso si desempeñara rápidamente su tremenda misión. Pero, lejos de eso, va paso á paso midiendo su desarrollo con cautelosa parsimonia; es casi invisible su marcha, como la del aceite, que se extiende sin ruido y crece todos los días una línea, hasta que acaba por cubrir toda la tela. Echa instante por instante adarmes de sufrimiento en el platillo de la balanza, para que no descienda de un golpe hasta el fondo de la tumba. Maltrata, estruja, estropea, muerde, clava la garra y devora sin precipitación, en un *crescendo* lúgubre. Mata á sus víctimas con la lentitud con que el gastrónomo gusta manjares apetitosos: poco á poco, á pequeños bocados, para que el placer no concluya pronto, para que el goce se prolongue.

¡Si al menos el mal no fuese asqueroso! El comercio social con sus atractivos apartaría el espíritu del enfermo, de la consideración de su miseria; hiciérale olvidar por momentos sus dolores, y diérale algún consuelo. Pero la lepra lleva consigo la repulsión, como todo lo inmundo, como toda podredumbre, como toda cosa hedionda. Nadie toca al paciente, apártanse de él los ojos con repugnancia, contiénese el aliento cuando pasa, y el infeliz, abandonado á su suerte, agiganta en su imaginación los males que gime, sufre con el espíritu más que con el cuerpo, y tendidas al espacio las estropeadas manos en señal de súplica, no halla quien le valga, ni siquiera la muerte; y oye la voz del destino que le dice: *¡No hay esperanza, necesitas subir con la cruz á cuestas, todo el camino del Calvario!*



***

Al seno de esa enfermedad sin igual lanzóse el misionero.

Estaba preparado anticipada y artísticamente el escenario para recibirle. La isla de Molokay hallábase poblada por puros leprosos.

Recluidos por orden de la autoridad, eran abandonados en aquel sitio abrupto, rodeado por el mar, para incomunicarlos con todo el mundo y apartarlos de la humanidad sana, que tenía horror á su contacto. Nunca se había visto reunión tan numerosa de puros leprosos en un mismo lugar; toda la población de la isla era de enfermos.

Entregados á la desesperación, vivían como bestias bravas casi al haz de la tierra, sin que una mano caritativa enjugase sus lágrimas, y, exacerbados sus sufrimientos por su misma miseria, habíanse encenagado en los vicios, buscando en ellos no alivio, sino olvido. Así vegetaban amontonados, carne con carne y llaga con llaga, comunicándose y emponzoñándose más y más sus mismas hediondeces, olvidados, á lo que parecía, del cielo y de la tierra. Hubiérase dicho que una tiranía inicua habíalos colocado deliberadamente en aquel destierro, para que fermentase con mayor violencia su podredumbre y creciese infinitamente su martirio.

Tal aspecto presentaba la colonia cuando se fijó en ella la mirada del apóstol. Necesitaban aquellos huérfanos



protección, aquellos moribundos cuidados, aquellos infelices consuelo; partía el corazón mirarlos en tan inmenso desamparo. Harto grande era su desgracia para que así se les abandonase á su suerte. Aun era posible llevar algún lenitivo á sus almas y cuerpos atormentados. Tendidos en el potro, clamaban pidiendo una gota de agua para refrescar su boca sedienta, y no había quien se la diera.

No titubeó el sacerdote. Había ya dejado la Europa por la Oceanía; ahora dejó la sociedad de los sanos y limpios para irse á vivir con los leprosos. Fuese á reunir con ellos, no por tiempo determinado, ni entre tanto que los hiciese entrar en policía, les edificara habitaciones y templos y reformase sus costumbres; sino por toda la vida, para siempre.....

Y pasó diez y seis años, sin más socie-

dad que la suya, á la vista de sus rostros desfigurados, manos mutiladas y llagas sangrientas; escuchando sus voces roncas y fatigadas; respirando las emanaciones corrompidas de la descomposición de sus cuerpos. Y pasó toda esa larga serie de dias, curándoles las úlceras con su propia mano, vendándoles los miembros doloridos, escuchando sus confesiones rostro con rostro, bañado por su aliento fétido. Y les edificó templos y aldeas, y les erigió hospicios, hospitales y escuelas, y trasfiguró su alma conturbada, purificando su conciencia é infundiéndoles esperanzas del cielo. Nunca padre bueno y celoso se elevó en medio de sus hijos, con mayor dulzura, benevolencia y amor, que él en medio de su familia enferma; ni jamás padre cariñoso ha sido visto por



los suyos con mayor gratitud, veneración y respeto, que él por los leprosos.

En ese dilatado espacio de tiempo, desenvolvióse la portentosa epopeya que esta breve historia relata.

El desenlace del drama fué tan augusto como su principio. Contagiado el P. Damián, murió desfigurado, afeado y corroido por la lepra, en aquel mismo sitio consagrado por su heroismo. ¡Hermoso descenlace, preparado por hábil artista! Para que resaltase la grandeza de la abnegación, para que el sacrificio fuese completo y conmoviese hasta á los corazones más endurecidos, fué preciso que el héroe sucumbiese víctima de su misma generosidad y espirase pendiente de la cruz, como todos los redentores.

*
* *

¡Hosanna en las alturas!

Aun hay grandeza en la vida. En este siglo de combate infinito, en medio de la lucha por la existencia, y bajo el imperio de la ley de la selección; aun aparecen sobre el mundo fuerzas que no son mecánicas, lazos humanos ajenos al interés, y luces que proceden de los espíritus.

En vano vivimos en nuestro mezquino terruño, fija la vista en el suelo, figurándonos que el mundo termina en nuestro pequeño sembrado ó en nuestro mísero cortijo; de improviso cruza un meteoro por el espacio, y á su fulgor desconocido, vemos que el cielo se extiende hácia arri-



ba, y que la tierra se ahonda hácia abajo, y llenos de tanta admiración como espanto, oimos que algo nos dice en el fondo de la conciencia, que no somos más que átomos suspensos en medio de la inmensidad.

No cabemos ya en la tierra; nos estorbamos los unos á los otros. Marchamos codo con codo, impidiéndonos el movimiento, y á fin de ensanchar el espacio, nos empujamos, derribamos y atropellamos, según el grado de nuestras fuerzas. ¡A vivir! grita la humanidad, y precipitándose en la existencia, truécala en palenque cerrado donde triunfan los fuertes, y son arrollados los débiles.

¡Causa vértigo el torbellino, asorda el clamoreo, atruena los aires el estrépito! Ruido de fraguas, golpear de martillos, silbar de máquinas, relampaguear de lla-

mas y de luces, mézclanse en el escenario, en agitado caos de hombres, cosas y elementos; y en el fragor de la lucha y júbilo de la victoria, crugen bajo la planta los huesos de los caídos, y quedan sofocados los lamentos de los que lloran.

Mas, súbito, aparece un mortal extraordinario que se aparta de la multitud, sale de la senda trillada, y dice: *¡Oh hombres, renuncio á todo eso que os desvela, os cedo mi parte de dicha!*; y entra en la sombra donde gime el desecho social, en la cripta obscura donde se agitan los que, inútiles para el combate, son una carga para los laboriosos, y pasan la vida en darramar lágrimas; y, alimentándose con las migajas que caen de la mesa del festín mundano, consagra toda la actividad de su alma y todo el vigor de su cuerpo, á aliviar dolores, enjugar lágrimas y hacer sonreir labios sollozantes, hasta que al fin la ola de la común desgracia le alcanza, envuelve y arrastra, sumergiéndole en el océano de la muerte.



Entonces la humanidad se detiene desorientada y llena de sorpresa. ¡Cómo! ¿Puede haber algo más que sus ideales? ¿hay quien prescinda de perseguirlos? ¿hay quien busque la dicha en el sacrificio?

Ante aquella revelación, la riqueza, el placer y la dicha causan sonrojo, y siéntense pequeños los felices de la tierra. Al oir el aleteo del ángel, levanta la cabeza la grey de Epicuro, y percibe el hedor de su lodazal. ¡Cuán grandes son los espacios, y qué profundos los abismos que se ciernen sobre nuestras cabezas!

***

¡Cuán hermosa parece la deformidad física del P. Damián, á través de su heroismo! Sus llagas profundas, sus estropeadas manos, su frente herida por el aguijón del tormento, todo en él es luminoso, todo sublime!

Su vida es para la humanidad un grito que baja de la altura. Sus hechos, narración maravillosa, destruyen el fingido encanto de todo lo ruín, bajo y deleznable que nos rodea, y descorren á nuestros ojos el velo que oculta la verdadera grandeza.

¡La inmolación del Apóstol de los Le-



prosos es un latigazo de luz, aplicado sobre la espalda de la bestia humana dormida!

¡Arriba, espíritus aletargados, arriba!

*El traductor.*